

Mesiánico Bartra

A hora que va a hacer veinticinco años que murió el gran poeta Agustí Bartra (1908-1982) voy a contar mi verdad sobre él. Al poco de su regreso del exilio, en 1970, fui a visitarle en su cubículo barcelonés, creo que por la Sagrada Família. El hombre se me hizo insufrible por su egolatría. Solemne, mayestático, hablaba de sí mismo en tercera persona: “el poeta tiene calor”, “al poeta no le hacen caso”, o cosas por el estilo.

Pero lo que entonces más me incomodó fue que, bilioso, despoticaba de todo y de todos. Empezando por Espriu, cuyo *Inici de càntic en el temple* (para mí entonces tan emblemático) Bartra parodió en un impactante *Cartell per als murs de la meva pàtria*: “No ets covarda, pàtria, ni vella, ni salvatge, / i no irem nord enllà...”

Aunque, desde que no fue incluido en su *Antologia de la poesia catalana*, su bestia negra era Triadú (“vestit d'antologies i de missals”), a quien ponía a parir (en versos que persiguen a *El mal caçador*) en aquel mismo *Cartell*, primero editado efectivamente como pasquín y luego en *Poemes del retorn* (1972): “-Tot sol passaràs la vetlla, / bord funeral? / Tot sol passaràs la vetlla, / belitre igual? // -Així voldria passar-la, / veu ressonant, / així voldria passar-la, / valga'm Déu val! // -Qui tens, doncs, per companyia, / sorge banal? Qui tens, doncs, per companyia, / escriba igual? // -El poeta de veu viva, / que odio tant; / el poeta de veu viva, / Valga'm Déu val! // -Per què li tens tanta enveja, / xuclat i calb? / Per què li tens tanta enveja, / pobre gripau? // -Perquè el seu dolor i exili, / valga'm Déu val!, / perquè el seu dolor i exili / el fan més alt...”

Delirante. Pero es precisamente por su desmesura, y hasta por sus arrebatos a lo Whitman o a lo Neruda, que su obra tiene fuerza. He contado ya en otra parte mi intervención en lo que Anna Murià llamó, un cuarto de siglo después, “el sueño de gloria del poeta”. Que él auguraba “en la figura de un joven que (...) veo en el campo, solo, en un día luminoso

SE CREÍA UN
 mito, un Ulises o
 un Prometeo que
 todo el mundo
 esperara. Y no

de primavera, con un libro en la mano o en el bolsillo que llevará mi nombre...”

Oficié el conjuro en el bosque. Yo tenía dieciocho años y el azar me convirtió en el representante de una “juventud” absolutamente idealizada en la

que él veía reflejado su propio deseo de continuidad. Y éramos tan de la misma estirpe espiritual que en dos de los libros que me mandó desde México me puso una dedicatoria en la que me declaraba “ya heredero” de mi propia alma y “hereu que somia ser heretat”...

El profesor Jaume Aulet ya ha escrito que fui “usado por Bartra como paradigma del escritor joven y, por tanto, representante del colectivo al que el poeta se dirige para ofrecer el maestrazgo y la obra hecha”. En su desvarío, Bartra me escribía, mesiánico, el 5 de abril de 1969: “Yo os necesito como jóvenes aurores. Os he estado esperando durante treinta años. He trabajado para vosotros y soy, en parte, responsable de vuestro sueño y de vuestra esperanza”.

El hombre le estaba dando vueltas a si retornar o no de su exilio. Y mi joven entusiasmo acabó de darle impulso. Pero, ya desde los años cincuenta, se había hecho una idea muy equivocada, absolutamente irreal, del país. Se creía un mito, como un Ulises o un Prometeo que todo el mundo esperara. Y no. Ya en Terrassa, la realidad se le echó encima y, entre homenajes locales y depresiones, empezó su purgatorio. Que, lamentablemente, aunque Miquel Pujadó le haya musicado en un buen CD, todavía dura.●